LIBERTAD

CAPITULO I

Estado de los hombres fuera de toda sociedad

1. Introducción. 2. En el comienzo de la sociedad civil está el miedo recíproco. 3. Los hombres, por naturaleza, son iguales entre sí. 4. De dónde nace la voluntad de agregarse mutuamente. 5. La discordia que surge de la comparación de ingenios. 6. Del deseo de la misma cosa por muchos. 7. Definición del derecho. 8. El derecho al fin da derecho a los medios necesarios. 9. Por derecho natural todo hombre es juez de los medios para su conservación. 10. Por derecho natural todo es de todos. 11. El derecho de todos a todo es inútil. 12. El estado de los hombres fuera de la sociedad es la guerra. Definiciones de guerra y paz. 13. La guerra se opone a la conservación de los hombres. 14. Por derecho natural cualquiera puede obligar a otro que tenga en su poder a comprometerse a obedecer en lo sucesivo. 15. La naturaleza aconseja la búsqueda de la paz.

1. Las facultades de la naturaleza humana pueden reducirse a cuatro géneros: la fuerza corporal, la experiencia, la razón y la pasión. Tomando esto como el principio de la doctrina siguiente, diremos en primer lugar qué actitud tienen, unos respecto a otros, los hombres dotados de dichas facultades; y si han nacido aptos para vivir en sociedad y para conservarse frente a la violencia mutua, y esto en virtud de qué facultad; pasaremos después a mostrar qué acuerdo es necesario tomar en este terreno y cuáles son las condiciones de la sociedad o de la paz humana; dicho de otra forma, expondremos cuáles son las leyes fundamentales de la naturaleza.

2. La mayor parte de los que han escrito sobre política suponen, pretenden o exigen que el hombre es un animal que ha nacido apto

¹ Como de hecho vemos que los hombres viven en una sociedad ya constituida, que nadie vive fuera de la sociedad y que todos buscan la asociación y el trato mutuo, puede parecer en cierto modo estúpido dejar sentado en el comienzo mismo de esta doctrina de la sociedad civil que el hombre no ha nacido apto para la sociedad. Por eso necesita ulterior explicación. Es cierto que al hombre, por naturaleza, esto es, en cuanto hombre, desde el momento mismo de su nacimiento, le molesta la soledad prolongada. Porque los niños necesitan de los demás para vivir, y los adultos para vivir bien. Por eso no niego que los hombres por naturaleza tiendan a asociarse unos

EL CIUDADANO

para la sociedad. Los griegos le llaman Ζῶον πολιτικόν; y sobre ese fundamento construyen la doctrina de la sociedad civil como si para la conservación de la paz y el gobierno de la humanidad bastara que los hombres consintiesen en ciertos pactos y condiciones que ya entonces llamaban leyes. Axioma que, aunque aceptado por muchos, es sin embargo falso; y el error procede de una consideración excesivamente ligera de la naturaleza humana. Ya que si consideramos más profundamente las causas por las que los hombres se agrupan y disfrutan de la mutua compañía, se verá fácilmente que si eso sucede así no es porque no pueda suceder de otro modo, sino que sucede accidentalmente. Porque si el hombre amase al hombre naturalmente, esto es: en cuanto hombre, no podría aducirse razón alguna de por qué no iba a amar de igual forma a todos los demás, al ser igualmente hombres; o de por qué iba a juntarse más bien con aquellos de cuya compañía iba a obtener, más que de la de otros, honor y utilidad. No buscamos pues por naturaleza compañeros, sino obtener de los demás honor o comodidad; esto es lo que buscamos en primer lugar, y a los demás secundariamente. Con qué objeto se agrupan los hombres se deduce de lo que hacen una vez agrupados. Ya que si se reúnen por razones comerciales, cada uno busca su propio provecho, no el del socio, y si es por razón de algún cargo, nace entonces una cierta amistad pública que tiene más de miedo mutuo que de amor; por consiguiente, a veces surge una facción pero nunca la benevolencia. Si se reúnen para divertirse, cada uno se complace más en aquellas cosas que provocan la risa, de las que puede, dada la naturaleza del ridículo, salir mejorado en su opinión al compararse con la deformidad o con la debilidad ajena. Y aunque a veces esto sucede de forma inocente y sin daño para nadie, es sin embargo manifiesto que los hombres se deleitan más con su vanagloria que con la

con otros. Pero las sociedades civiles no son meras agrupaciones, sino alianzas, y para conseguir las son necesarios la lealtad y los pactos. Los niños y los ignorantes desconocen la fuerza de éstos, y los que nunca han experimentado los daños de la falta de sociedad, su utilidad. De donde se deduce que aquellos no pueden formar parte de la sociedad porque no comprenden lo que es, y éstos porque, al no saber su provecho, no se preocupan de ella. Está claro, por lo tanto, que todos los hombres, al haber nacido niños, han nacido ineptos para la sociedad, y que muchos, tal vez la mayor parte, permanecen ineptos toda su vida, bien por enfermedad del alma, o bien por falta de educación. Y sin embargo, tanto los niños como los adultos tienen naturaleza humana. Por consiguiente, el hombre se hace apto para la sociedad no por naturaleza sino por educación. Más aún, aunque el hombre hubiera nacido con tal condición que deseara la sociedad, no se sigue de ahí que habría nacido apto para formar parte de ella. Ya que una cosa es desear y otra ser capaz. Pues la desean aquellos que sin embargo, por soberbia, no se dignan aceptar las condiciones justas sin las que la sociedad no puede darse.

compañía de otros. Además, en semejantes reuniones, con frecuencia se ofende a los ausentes, se examinan, se juzgan, se condenan y se ridiculizan toda su vida, sus dichos y sus hechos. Y no se ahorra ni a los mismos convencidos el que les suceda lo mismo en cuanto se vayan de la reunión; de tal forma que no era absurda la decisión de aquel que solía salir el último del lugar de la tertulia. Y éstas son las verdaderas delicias de la sociedad a las que nos vemos llevados por naturaleza, esto es: por la inclinación innata en todo viviente; hasta que suceda, por escarmiento o por buenos consejos (cosa que en muchos nunca sucede), que el deseo de lo presente se reprima por el recuerdo de lo pasado, sin lo cual el discurso de muchos hombres charlatanes en esta materia es ocioso y vacío. Y si acontece que los presentes se ponen a contar anécdotas, y uno cuenta una acerca de sí mismo, todos los demás se apresuran a hablar también de sí; si uno refiere algo maravilloso, los demás cuentan milagros; si los tienen, y si no, los inventan. Finalmente, por hablar de aquellos que presumen saber más que los demás, si el motivo de la reunión es la filosofía, habrá tantos que enseñen a los demás cuantos sean los presentes, es decir: todos querrán ser tenidos por maestros; y al no ser así, los colegas no se amarán mutuamente sino que se perseguirán con odio. Por eso la experiencia enseña, a todo el que considere con más atención las cosas humanas, que toda reunión espontánea se produce, bien por mutua necesidad, bien para conseguir gloria; por eso los participantes tratan de conseguir algún beneficio, o aquel εὐδοκίμειν, estimación y honor de sus compañeros de reunión. Eso mismo se deduce racionalmente de la propia definición de voluntad, bien, honor y utilidad. Y dado que la sociedad se forma voluntariamente, en toda sociedad se requiere un objeto de esa voluntad, esto es: aquello que parece a todos los miembros bueno para ellos. Todo lo que parece bueno es agradable, y se refiere a los sentidos o a la mente. Y todo placer de la mente, o es la gloria (es decir, la buena opinión de sí mismo), o se refiere en último término a la gloria: lo demás es sensual o lleva a lo sensual, y puede quedar comprendido bajo el nombre de conveniencia. Así pues, toda sociedad se forma por conveniencia o por vanagloria, esto es: por amor propio, no de los demás. Ahora bien, por amor a la gloria no se puede concertar una alianza ni de muchos hombres ni por mucho tiempo; porque esta vanagloria, al igual que el honor, si la tienen todos no la tiene nadie, ya que consiste en la comparación y en la excelencia; y para que alguien tenga en sí motivo de gloriarse, la sociedad de los demás no aporta ninguna ayuda, puesto que alguien es tanto como puede ser sin apoyo de los demás. Y aunque las comodidades de esta vida pueden aumentarse con la ayuda mutua, sin embargo, como eso se puede conseguir domi-

nando a los demás mejor que asociándose con ellos, nadie debe dudar de que los hombres por su naturaleza, si no existiera el miedo, se verían inclinados más al dominio que a la sociedad. Por lo tanto hay que afirmar que el origen de las sociedades grandes y duraderas no se ha debido a la mutua benevolencia de los hombres sino al miedo mutuo?

3. La causa del miedo mutuo consiste en parte en la igualdad natural de los hombres, y en parte en su voluntad de agredirse mutuamente. Por lo cual no somos capaces ni de esperar de los otros la seguridad ni de proporcionárnosla nosotros mismos. Y si reparamos en los hombres maduros y vemos cuán frágil es la estructura del cuerpo humano (que al destruirse destruye también toda su fuerza, vigor y sabiduría); y lo fácil que es incluso para el más débil matar al más fuerte, no hay razón para que alguien, fiándose de sus fuerzas, se crea que la naturaleza le haya hecho superior a los demás. Iguales son los que pueden lo mismo unos contra otros. Ahora bien, los que pueden lo más, es decir, matar, tienen igual poder. Por lo tanto los hombres son por naturaleza iguales entre sí. La desigualdad que ahora existe ha sido introducida por la ley civil.

4. En el estado de naturaleza se da en todos una voluntad agresiva, pero no se da por la misma causa, ni es igualmente condenable. Ya que algunos, según la igualdad natural, permiten a los demás lo mismo que se permiten ellos (lo cual es propio de hombres modestos y que valoran rectamente sus fuerzas). Otros en cambio, creyéndose superiores a los demás, se permiten todo únicamente a sí mismos y se arrojan honor ante los demás (lo cual es propio de una condición feroz). Para éstos, la voluntad agresiva nace de una vana gloria y de una falsa estimación de sus fuerzas; para aquéllos, de la necesidad de defender sus cosas y su libertad contra estos últimos.

5. Además, al ser muy grande la rivalidad de ingenios, necesaria-
 2 Se ha objetado que es tan improbable que los hombres se unieran en sociedad civil por el miedo que, si realmente se temieran, no habrían podido soportar el verse unos a otros. Suponen, en mi opinión, que temerse es lo mismo que sentirse aterrorizados. Yo sin embargo entiendo por temor cualquier previsión de un mal futuro. Y creo que es propio del miedo no sólo la huida sino también la desconfianza, la sospecha, la precaución y las medidas para no temer. Los que se van a dormir cierran sus puertas y el que se va de viaje lleva su arma, porque temen a los ladrones. Los Estados suelen proteger su territorio con tropas y sus ciudades con murallas por miedo a los Estados vecinos; e incluso los ejércitos más fuertes y mejor preparados para la batalla, de vez en cuando celebran conversaciones de paz porque se temen mutuamente y para no ser vencidos. Los hombres se protegen por miedo, huyendo o escondiéndose si piensan que no pueden defenderse de otro modo; y muy frecuentemente lo hacen con armas y otros instrumentos de defensa, con lo cual, al arriesgarse a avanzar pueden conocer cada uno las posibilidades del otro. Así es como suele hacer un Estado: por la victoria si ha habido lucha, o por acuerdos si es el caso.

mente de ella se originan las mayores discordias. Pues resulta odioso tanto el luchar contra algo como el no llegar a un acuerdo. Ya que el no estar de acuerdo con alguien en alguna cosa, significa acusarle tácitamente de error en esa cuestión, igual que en otras muchas ocasiones el disentir es lo mismo que tenerlo por tonto; lo cual se deja ver por el hecho de que no hay guerras más enconadas que las que se dan entre sectas de la misma religión y entre facciones del mismo Estado, donde el desacuerdo se refiere a la doctrina o a la prudencia política. Y dado que todo placer del ánimo y todo entusiasmo consiste en tener alguien con quien, al relacionarse, pueda uno sentirse satisfecho de sí mismo, es imposible que no se muestre alguna vez odio o desprecio por medio de la risa, de la palabra, del gesto o de otro signo, que son la cosa más molesta para el ánimo y de la que suele surgir el mayor deseo de ofender.

6. Pero la causa más frecuente de que los hombres deseen hacerse mal unos a otros tiene su origen en que muchos apetecen a la vez la misma cosa, que muy frecuentemente no pueden ni disfrutar en común ni dividir; de donde se sigue que hay que dársela al más fuerte. Ahora bien, quién sea el más fuerte es cosa que hay que dilucidar por medio de la lucha.

7. Así pues, entre tantos peligros, el precaverse de las amenazas que a diario acechan a todos por la codicia natural de los hombres no es en absoluto censurable, porque no podemos obrar de otro modo. Todos se ven arrastrados a desear lo que es bueno para ellos y a huir de lo que es malo, sobre todo del mayor de los males naturales que es la muerte; y ello por una necesidad natural no menor que la que lleva la piedra hacia abajo. Por consiguiente nada tiene de absurdo ni de reprehensible ni de contrario a la recta razón, el que alguien dedique todo su esfuerzo a defender su propio cuerpo y sus miembros de la muerte y del dolor, y a conservarlo. Y lo que no va contra la recta razón, todos dicen que está hecho justamente y *con derecho*. Por el término derecho no se significa otra cosa que la libertad que todo el mundo tiene para usar de sus facultades naturales según la recta razón. Y de este modo, el primer fundamento del derecho natural consiste en que el hombre *proteja, en cuanto pueda, su vida y sus miembros*.

8. Como si se niega el derecho a los medios necesarios, el derecho al fin resulta vano, de ahí se sigue que al tener todos derecho a conservarse, todos tengan también el derecho a *usar de todos los medios y a realizar cualquier acción sin la que no podrían conservarse*.

9. En la cuestión de si los medios que alguien va a usar y la acción que va a emprender para la conservación de su vida o de sus miembros son necesarios o no, *el mismo es el juez, por derecho natural*.

Y para saber si va contra la recta razón el que yo mismo juzgue de mi propio peligro, que lo juzgue otro. Y ya que el otro juzga cosas que me atañen a mí, por la misma razón, dado que somos iguales por naturaleza, yo juzgaré las cosas que a él le atañen. En consecuencia, es conforme a la recta razón, esto es, de derecho natural, el que yo juzgue la sentencia de aquel juez, a saber, si es útil o no para mi conservación.

10. La naturaleza dio a todos derecho a todo: esto es, en el estado ³ meramente natural o antes de que los hombres se vinculasen mutuamente con pacto alguno, a todos les era lícito hacer lo que quisieran, así como poseer, usar y disfrutar de todo lo que quisieran y pudieran. Porque todo lo que alguien quisiera le parecería bueno para él por el hecho de quererlo, y podría o bien conducir a su conservación o al menos parecer que conducía. Ahora bien, según el artículo precedente, hemos constituido juez de si conduce o no, al mismo que juzga que tales cosas deben tenerse por necesarias y (por el artículo 7) son y se tienen por *derechos naturales* las cosas que conducen necesariamente a la protección de la propia vida y de los miembros; de donde se sigue que en estado de naturaleza a todos les es lícito tener y hacer cualquier cosa. Esto es lo que suele significarse cuando se dice: *la naturaleza dio todo a todos*. De ahí se comprende que en el estado de naturaleza la medida del derecho es la utilidad.

11. Pero no les fue útil en absoluto a los hombres el que tuvieran de este modo un derecho común a todo. Pues el efecto de tal derecho viene a ser como si no existiera derecho alguno. Y aunque cualquiera

³ Esto hay que entenderlo en el sentido de que lo que alguien hiciese en el estado puramente natural no ofendería a nadie. No porque sea imposible en tal estado pecar contra Dios o violar las leyes naturales, sino porque la injusticia entre los hombres supone leyes humanas, las cuales no existen en el estado de naturaleza. La verdad de la proposición así entendida queda suficientemente demostrada por los artículos inmediatamente precedentes para el lector que los recuerde. Pero dado que en algunos casos la dureza de la conclusión hace olvidar las premisas, quiero resumir el argumento y presentarlo de un solo golpe de vista: todos tienen derecho a conservarse, por el artículo 7. Todos en consecuencia tienen derecho a usar los medios necesarios para tal fin, por el artículo 8. Los medios necesarios son los que cada uno juzgue como tales, por el artículo 9. Existe pues el derecho a hacer y poseer todo lo que cada uno juzgue necesario para su conservación. Por lo tanto, todo lo que hace es justo o injusto según su propio juicio y, en último término, es siempre justo. Esto es verdad en el estado de pura naturaleza, etc. Y si alguien pretende que atañe a su conservación algo que ni él mismo considera que pertenece, puede pecar contra las leyes naturales, como queda ampliamente explicado en el capítulo III. Algunos objetan: si un hijo mata a su padre, ¿le haría injusticia o no? Yo he respondido que no se puede comprender a un hijo en estado de naturaleza como si después de su nacimiento quedara bajo la potestad y la autoridad de aquel a quien debe su conservación, a saber, de su padre o de su madre o de quien le alimenta; como queda demostrado en el capítulo IX.

podía decir de cualquier cosa: esto es mío, no podía disfrutarla porque el vecino, con el mismo derecho y con la misma fuerza, pretenderla que era suya.

12. Si a la inclinación natural de los hombres a dañarse unos a otros, que procede de sus pasiones y en particular de su vana estimación, se añade el derecho de todos a todo, por el cual uno invade con todo derecho, y el otro con todo derecho resiste, de lo cual se originan perpetuas sospechas y celos de todos contra todos, y se añade además la dificultad de detener a los enemigos, aunque tengan pocos hombres y pocos medios, si nos invaden con ánimo de destruirnos y optiminos, no se puede negar que el estado natural de los hombres antes de la formación de la sociedad fuera la fuerza: y no cualquier fuerza sino la de todos contra todos. Y qué es la GUERRA sino el tiempo en que la voluntad de enfrentarse por la fuerza se declara con palabras o con hechos? Al tiempo restante se le llama PAZ.

13. Fácilmente se deduce lo poco idónea que es la guerra perpetua para la conservación tanto del género humano como de cada hombre. Ahora bien, es perpetuo por su misma naturaleza lo que, por la igualdad de los combatientes, no puede terminarse con ninguna victoria: ya que a los vencedores les acecha siempre el peligro, de tal forma que habría que tener por milagro el que alguno, por muy fuerte que fuera, muriera en avanzada vejez. En el presente siglo tenemos un ejemplo de lo que digo en los americanos: en tiempos antiguos, gentes de otras naciones, que ahora son civilizadas y florecientes, fueron escasas, feroces, de vida corta, pobres, mal parecidas, privadas de todo aquello que fuera solaz y ornato de la vida y que suele ser el fruto de la paz y de la sociedad. Y todo el que pensase que habría que permanecer en aquel estado en el que todo es lícito para todos, se contradice a sí mismo. Ya que todo hombre, por necesidad natural, tiende a lo que es bueno para él, y no hay nadie que considere que esta guerra de todos contra todos, que es inherente por naturaleza a aquel estado, sea bueno para sí. Por eso sucede, por el miedo recíproco, que consideremos que hay que salir de semejante estado y conseguir aliados para que, si es que ha de haber guerra, que no sea de todos contra todos ni sin ayuda.

14. Los aliados se consiguen por fuerza o mediante acuerdos: por fuerza, cuando el vencedor obliga al vencido a servirle por miedo a la muerte o por la fuerza de las cadenas; y por acuerdos, cuando se crea la sociedad para ayudarse mutuamente con el consentimiento de ambas partes y sin violencia. Puede sin embargo el vencedor obligar por derecho al vencido o el más fuerte al más débil (como el sano al enfermo o el adulto al niño), a comprometerse a una futura obediencia si no quiere perder la vida. Y dado que el derecho a protegernos a noso-

tros mismos a nuestro arbitrio procede de nuestro peligro, y el peligro de nuestra igualdad, parece más conforme a razón y más seguro para nuestra conservación, haciendo uso de la ventaja del momento, conseguir para nosotros la seguridad buscada aceptando el compromiso, que, cuando ellos crezcan o se curen y salgan de nuestra potestad, esforzarnos en repetir después ese compromiso en una dudosa lucha. Y al contrario, nada más absurdo que dejar libre al débil que tenemos en las manos, con lo cual lo hacemos a la vez fuerte y enemigo. De lo cual se sigue también como corolario que en el estado natural de los hombres el derecho concede un poder cierto e irresistible para regir y gobernar a aquellos que no pueden resistir; de tal forma que a la omnipotencia que de ahí se deriva le acompaña inmediata y esencialmente un derecho sobre todo lo que haya de hacerse.

15. Pero a causa de aquella igualdad de fuerzas y de las demás facultades humanas, no cabe esperar una conservación duradera de sí mismos a los hombres que se encuentran en estado de naturaleza, esto es, en estado de guerra. Por lo cual el buscar la paz allí donde apareciera alguna esperanza de conseguirla y donde no existiera esa esperanza, el buscar ayudas para la guerra, es un dictamen de la recta razón; esto es, una ley de la naturaleza, como se mostrará enseguida.

La ley natural acerca de los contratos

1. La ley natural no es un acuerdo de los hombres sino un dictamen de la razón. 2. Existe una ley fundamental que dice: hay que buscar la paz si puede darse; si no, hay que buscar la defensa. 3. La primera ley natural especial es que no se debe mantener el derecho a todo. 4. Qué es renunciar a un derecho y qué es transferirlo. 5. Para transferir un derecho es necesaria la voluntad del que lo acepta. 6. La palabra no transfiere un derecho, si no es de presente. 7. La palabra de futuro, si a la vez hay otros signos de voluntad, vale para transferir el derecho. 8. En una donación libre, la palabra de futuro no transfiere el derecho. 9. Definiciones de contrato y de pacto. 10. En los pactos, el derecho se transfiere por palabra de futuro. 11. Los pactos de confianza mutua son inválidos e inútiles en estado de naturaleza; no así en el de sociedad civil. 12. Nadie puede pactar con los animales; ni con Dios sin una revelación. 13. Tampoco se puede hacer un voto a Dios. 14. Los pactos no obligan más allá de lo posible. 15. Como podemos liberarnos de los pactos. 16. Las promesas obtenidas por miedo a la muerte son válidas en estado de naturaleza. 17. Es inválido un pacto posterior que contradiga a uno anterior. 18. Es inválido un pacto de no resistencia al que infiera daño corporal. 19. Es inválido un pacto de acusarse a sí mismo. 20. Definición de juramento. 21. Hay que concebir el juramento bajo la fórmula que use el que lo hace. 22. El juramento no añade nada a la obligación que surge de un pacto. 23. No hay que exigir juramento a no ser cuando la violación de los pactos pueda permanecer oculta o no ser castigada sino por Dios.

1. No están de acuerdo los autores en la definición de ley natural, a pesar de que utilizan este término con mucha frecuencia en sus escritos. En efecto, el método por el que se parte de definiciones y de la exclusión de los equívocos es propio de aquellos que no dejan lugar para la discusión en su contra. Si alguien dice que se ha hecho algo contra la ley natural, uno probará que es así diciendo que se ha hecho contra el parecer de las naciones más sabias y eruditas, pero no dice quién ha de juzgar la sabiduría, la erudición y las costumbres de todas las naciones; otro lo probará diciendo que se ha actuado contra el consenso de todo el género humano; definición inadmisibles porque entonces nadie, excepto los niños y los locos, podría pecar contra tal ley. Ya que bajo esa expresión: género humano, incluye a todos los hombres que de hecho tienen uso de razón. Pero los niños, o no obran contra la razón o lo hacen sin consentir en ello; por lo cual deben ser excusados.

Y es bastante injusto extraer las leyes de la naturaleza del consenso de los que más frecuentemente las violan que las cumplen. Además, los hombres condenan en los demás las mismas cosas que en ellos excusan, y por otra parte alaban en público lo que en secreto desprecian, emiten su opinión más por rumores que por reflexión propia, y consistentes más por odio, esperanza, amor o cualquier otra perturbación del ánimo, que por la razón. Por eso no es raro que pueblos enteros, con toda unanimidad y empeño, hagan lo que aquellos escritores de buen grado confiesan ser contra la ley natural. Ahora bien, al conceder que se hace con derecho lo que no va contra la recta razón, debemos reconocer que lo que repugna a esa recta razón se hace contra derecho (esto es, contra dice alguna verdad obtenida de principios verdaderos mediante un raciocinio correcto). Y lo que se ha hecho contra derecho, decimos que se ha hecho contra alguna ley. Pues es la ley una cierta recta razón que (al formar parte de la naturaleza humana, no menos que cualquier otra facultad o afición del ánimo), se llama también natural. Es pues la ley natural por definirla ya, un dictamen de la recta razón acerca de lo que se ha de hacer u omitir para la conservación, a ser posible duradera, de la vida y de los miembros.

2. La primera y fundamental ley de la naturaleza es que hay que buscar la paz donde pueda darse; y donde no, buscar ayudas para la guerra. En el último artículo del capítulo precedente pusimos de manifiesto que esto era un dictamen de la recta razón. Que los dictámenes de la recta razón sean leyes naturales, lo hablamos definido poco antes. Y es la primera porque las demás se derivan de ella y preparan el camino para la paz o la defensa.

3. Una de las leyes naturales derivadas de aquella fundamental, es: no debe mantenerse el derecho de todos a todo, sino que algunos derechos deben transferirse o se debe renunciar a ellos. Pues si todos mantuvieran

Entiendo por recta razón, en el estado natural de los hombres, no una facultad infalible, como hacen muchos, sino el acto de razonar, esto es, el raciocinio propio de cada uno y verdadero en lo que se refiere a las propias acciones, que pueden redundar en beneficio o en daño de los demás hombres. Digo propio porque aunque en la sociedad civil la razón de la misma sociedad, esto es, la ley civil, haya de ser tenida como justa por todos y cada uno de los ciudadanos, sin embargo, fuera de esa sociedad, donde nadie puede discernir la recta de la falsa razón a no ser comparándola con la suya, se ha de juzgar la propia razón como medida de la ajena, no sólo respecto a las propias acciones, que se realizan por cuenta y riesgo de cada uno, sino también de las que se realizan por cuenta de los demás. Digo verdadero, esto es, que se deduce de principios verdaderos y rectamente constituidos. Ya que toda violación de la ley natural consiste en el raciocinio falso o en la necesidad de los hombres que no ven que sus obligaciones para con los demás son necesarias para la propia conservación. Los principios del recto raciocinio acerca de tales obligaciones son los que se han explicado en los artículos 2, 3, 4, 5, 6 y 7 del capítulo I.

vieran su derecho a todo, necesariamente se seguiría que, con derecho unos invadirían y otros se defenderían (pues todos intentan defenderlo, por necesidad natural, su cuerpo y lo necesario para protegerlo). En consecuencia, se seguiría la guerra. Así pues, obra contra las razones de la paz, esto es, contra la ley de la naturaleza el que no cede su derecho a todo.

4. Cede su derecho el que, o bien simplemente renuncia, o lo transfiera a otro. Renuncia simplemente el que declara, con signos o por medios idóneos, no querer que le sea lícito por más tiempo hacer determinadas cosas que antes, con derecho, podía hacer. Lo transfiera a otro el que declara al que quiere recibir ese derecho, con signos o por medios idóneos, que ya no le será lícito en lo sucesivo resistirle cuando intente determinadas acciones, como podía hacerlo antes con derecho. Se entiende que la transferencia de derecho consiste sólo en la no resistencia, porque antes de la transferencia del derecho, aquél a quien se transfiere ya tenía derecho a todo; por lo cual no se ha podido darle un derecho nuevo, sino la extinción de la justa resistencia del transferente, por la que el otro no había podido disfrutar de su derecho. Así pues, todo el que adquiere un derecho en el estado natural de los hombres, lo hace únicamente para poder disfrutar sin justa molestia de su derecho primitivo. Por ejemplo, si alguien cede su finca a otro en donación o en venta, priva del derecho a esa finca sólo a sí mismo, no a los demás.

5. Para la transferencia del derecho se requiere no sólo la voluntad del transferente sino también la del aceptante. Si falta alguna de ellas, el derecho se mantiene. Pues si quiero dar algo mío a quien lo rechaza, no por ello he renunciado simplemente a mi derecho ni lo he transferido a nadie. Pues la causa por la que yo quería dárselo a uno, está en ese uno, no en los demás por igual.

6. Si no existe ningún otro signo para renunciar o transferir un derecho aparte de las palabras, conviene que éstas sean de presente o de pasado. Pues si son de futuro no transfieren nada. Por ejemplo, quien hablando en futuro dice: daré mañana, claramente significa que no ha dado. Y así el derecho permanece hoy inalterado, y así permanecerá mañana, si entretanto no lo diera de hecho; ya que lo que es mío sigue siendo mío a no ser que lo dé después. Pero si hablo en presente, como sería: doy, o he dado para que lo tenga mañana, con esas palabras se significa que he dado, y que hoy he transferido el derecho de poseerlo mañana.

7. Sin embargo, aunque las meras palabras no son signos suficientes para declarar la voluntad, las palabras de futuro pueden valer, si a la vez existieran otros signos, como si estuvieran dichas de presente. Así pues, si constase por otros signos que el que habla en futuro quisie-

ra que sus palabras valiesen para la perfecta transferencia de su derecho, entonces deben valer. Ya que la transferencia del derecho depende no de las palabras sino, como queda dicho en el art. 4 de este capítulo, de la declaración de la voluntad.

8. Si alguien transfiera algún derecho suyo a otro y no lo hace por algún bien recibido a cambio ni en virtud de un pacto, esa transferencia recibe el nombre de DON, o de donación libre. Ahora bien, en la donación libre obligan sólo las palabras de presente o de pasado. Porque si son de futuro no obligan en cuanto palabras, por la razón aducida en el artículo precedente. Conviene pues que la obligación nazca de otros signos de la voluntad. Y dado que cuando algo se hace voluntariamente, se hace por algún bien del que lo quiere, no puede señalarse, más signo de la voluntad de darlo que el bien adquirido o por adquirir en la donación. Y se supone que el bien en cuestión no ha sido adquirido ni existe pacto alguno; porque entonces no habría donación libre. Sólo queda, pues, que el bien recibido se suponga sin pacto. Pues no puede haber ningún signo por el cual el que ha usado esa palabra de futuro en relación con aquel que no se veía obligado a un beneficio mutuo, quisiera que sus palabras fueran entendidas de tal forma que le obligaran a él mismo. Ni es razonable que quienes son proclives a hacer el bien a los demás se vean obligados en cada promesa a testificar su buena disposición presente. Por lo cual debe entenderse que el que de esa forma promete, puede deliberar y cambiar su actitud, de la misma forma que el receptor de la promesa puede cambiar de actitud respecto al favor. Ahora bien, el que delibera es, por ello mismo, libre, y no puede decirse que haya dado nada. Pero si promete con frecuencia y da pocas veces, habrá que condenarle por ligereza y no llamarle donante sino Dono?

9. A la acción de dos o más que se transferen mutuamente sus derechos se la llama CONTRATO. En todo contrato, o ambos cumplen en el acto lo que se ha contratado, de manera que nadie fia nada a nadie, o uno lo cumple y fia al otro, o ninguno lo cumple. Cuando ambos cumplen en el acto, en ese mismo momento el contrato, a la vez que se realiza, se termina. Pero cuando a uno o a ambos se fia, y aquel a quien se fia promete que cumplirá más adelante, entonces a esa clase de promesa se la llama PACTO.

10. El pacto que hace aquel a quien se fia, con aquel que ya cumplió, aunque la promesa haya sido hecha con palabras de futuro, no transfiere menos el derecho del tiempo futuro que si hubiese sido hecha con palabras de presente o de pasado. Porque el hecho de cumplir es

² Prometedor, en griego. (N. del T.)

un signo muy manifiesto de que el que ya ha cumplido comprendió las palabras de aquel a quien fiaba en el sentido de que quería cumplir en el tiempo acordado; y por ese signo, el fiado comprendió que se le entendía de ese modo; porque al no rectificar, quiso que así se hiciera. Las promesas, pues, que se hacen por algún bien recibido y que son pactos, son signos de la voluntad; esto es, del último acto de deliberación por el cual se elimina la libertad de no cumplir y, en consecuencia, son obligatorios (como queda expuesto en la sección precedente). Pues donde termina la libertad, comienza la obligación.

11. Pero los pactos que se originan en un contrato en el que existe la fe mutua sin que ninguno de los dos dé algo en ese momento, en el estado de naturaleza son inválidos cuando surge en alguna de las partes un miedo justo.³ Pues el primero en cumplir, por la perversa condición de la mayor parte de los hombres, que buscan su propio provecho con razón o sin ella, se pone en manos de la avaricia de aquel con quien contrata. Ya que no es razonable que alguien cumpla el primer si no es verosímil que el otro ha de cumplir después. El que sea verosímil o no, lo juzgará aquel que teme, según se mostró en el art. 9 del capítulo precedente. Así son las cosas en el estado de naturaleza. Pero en el estado civil, donde existe alguien que puede obligar a ambos, debe cumplir primero el que según el contrato haya de hacerlo; porque al estar el otro sujeto a obligación, cesa la causa del miedo a que no cumpla.

12. Del hecho de que en toda donación y en todo pacto se requiere la aceptación del derecho que se transfiere, se deduce que nadie puede pactar con alguien que no ofrezca signos de dicha aceptación; como tampoco se puede pactar con los animales, ni podemos atribuirles ningún derecho, ni quitárselo, por falta de raciocinio y de inteligencia. Tampoco puede nadie pactar con la divina majestad ni obligarse con ella por medio de un voto, a no ser en cuanto estime que, según las Sagradas Escrituras, haya delegado en ciertos hombres que estén autorizados para dar y aceptar tales votos y pactos en su nombre.

13. Así pues, votan en vano los que se encuentran en estado de naturaleza, en el que no están obligados por ninguna ley civil, a no ser que les conste, por una revelación certísima, la voluntad de Dios de aceptar su voto o su pacto. Y si lo que votan va contra la ley natural, no quedan obligados por ese voto, porque nadie está obligado a realizar algo ilícito; pero si lo que votan está mandado por alguna ley natural,

³ La razón es que si existe una nueva causa de miedo, ya provenga de un hecho o de algún signo de la voluntad de la otra parte de no cumplir, no puede estimarse un miedo justo. Pues la causa que no pudo impedir la realización del pacto, tampoco debe impedir el cumplimiento del mismo.

quedan obligados no por el voto sino por la propia ley. Ahora bien, si lo que se vota era, antes del voto, libre de ser hecho o no, sigue siéndolo después; porque para quedar obligados por algún voto, se requiere una voluntad de obligar claramente significada; voluntad que en el caso propuesto se supone que no se da. Llamo obligante a aquel a quien alguien se ve sujeto u obligado, y obligado al que se sujeta.

14. Los pactos se realizan únicamente sobre acciones que sean susceptibles de deliberación. Porque no se da pacto sin la voluntad del pactante; y la voluntad es el último acto de la deliberación. Se refieren pues sólo a cosas posibles y futuras. Ya que nadie se obliga por pacto a algo imposible. Y aunque la mayor parte de las veces pacemos cosas que nos parecen posibles en el momento de prometerlas, si después se revelan imposibles, no por ello nos vemos libres de toda obligación. La razón es que quien promete un futuro incierto recibe un beneficio presente a condición de que devuelva algo equivalente. Pues la voluntad del que otorga un beneficio presente pretende simplemente un bien para sí en consonancia con lo prometido; aunque no de forma absoluta sino en la medida de lo posible. Pero si sucede que no es posible, hay que cumplir hasta donde se pueda. Los pactos, pues, obligan no a conseguir la cosa misma pactada sino a intentarlo al máximo; pues sólo eso está en nuestra mano, no las cosas mismas.

15. De los pactos nos vemos libres de dos maneras: si ya se han cumplido o si se condonan. Si ya se han cumplido, porque no nos hemos obligado a más. Si se han condonado, porque se entiende que aquel a quien nos obligamos, por el hecho de la donación, nos devuelve el derecho que le hablamos transferido: la donación es pues donación, esto es, por el art. 4 de este capítulo, transferencia del derecho a quien se ha hecho la donación.

16. Suele preguntarse si los pactos conseguidos por miedo obligan o no. Por ejemplo: si para salvar mi vida de un ladrón pacto con él que le voy a entregar mil monedas de oro al día siguiente y que no le voy a denunciar al juez, ese pacto ¿me obliga o no? Porque aunque a veces semejante pacto deba tenerse por inválido, lo será, pero no por el hecho de proceder del miedo, ya que de ahí se seguiría que serían inválidos los pactos por los que los hombres se agrupan en la vida civil (puesto que el hecho de someterse al dominio de otro procede del miedo al mutuo exterminio). Y no obraría con razón el que se fiara de un cautivo al pactar el precio de su redención. Pues en general es verdad que los pactos obligan cuando se ha recibido algún bien y cuando el acto de prometer y lo prometido son licitos; ahora bien, es lícito prometer algo para salvar la vida y dar de mis cosas a alguien lo que yo quiera, incluso a un ladrón. En consecuencia nos obligan los pactos

Exp. No visto Comover

realizados por miedo, a no ser que los prohíba alguna ley civil por la cual resulte ilícito aquello que se promete.

17. Todo el que antes hubiera pactado con alguno hacer u omitir algo, y después pactase con otro lo contrario, hace ilícito no el primer pacto sino el último. Pues el que en virtud de los primeros pactos había transferido su derecho a otro, ya no le queda derecho de hacer o no hacer. Por lo cual, en ulteriores pactos no transfiera ya derecho alguno; y lo que promete lo hace sin derecho. Se está pues obligado sólo a los primeros pactos y violarlos es ilícito.

18. Nadie está obligado a no resistir al que le infiera la muerte, heridas o cualquier daño corporal, en virtud de ningún pacto. Porque existe en cada hombre un grado supremo de temor, por el cual percibe como máximo el mal que se le infiere, del cual huye por necesidad natural, y se comprende que no pueda obrar de otro modo. Así pues, cuando llega a tal grado de miedo, no cabe esperar más que mude por sí huyendo o luchando. Y dado que nadie está obligado a lo imposible, no lo está a soportar la muerte (que es el mayor mal natural), ni las heridas ni otros daños naturales que se le infieran y que no sea capaz de tolerar. Además, hay que creer al que está obligado por un pacto, (pues únicamente la fe es el vínculo de los pactos). Pero a quienes se lleva al cumplimiento de alguna pena, sea capital o inferior a ella, se los sujeta con cadenas o van custodiados por guardias; señal de que no parece que estén lo bastante obligados a no resistir en virtud de pactos. Pues una cosa es si yo pacto de esta forma: si no lo hiciera en la fecha establecida, mátrame. Y otra si lo hago así: si no lo hiciera, no resistiré al que me mate. De la primera forma todos pactan si es necesario, y alguna vez lo es; pero nadie lo hace de la segunda forma ni hace falta nunca. Ya que en el estado puramente natural, si desearas matar tienes derecho por ese mismo estado; de tal forma que no sea necesario creer primero para matar después al que no ha cumplido. Pero en el estado civil, en el que el derecho sobre la vida y la muerte y sobre todo castigo corporal reside en el Estado, no puede concederse ese derecho a ninguna persona privada. Ni necesita el Estado, para castigar a alguien, pactar con él que lo lleve con paciencia, sino únicamente que nadie defienda a otros. Y si en el estado de naturaleza, o bien entre dos Estados, se hiciera un pacto con la condición de que habría que matar si no se cumpliera, habría que suponer un pacto previo de no matar antes de un día determinado. Por eso, si llegado ese día no se hubiera cumplido, se restablece el derecho a la guerra, esto es, el estado de hostilidad en el que todo está permitido y por lo tanto también el resistir. Finalmente, por el pacto de no resistencia nos obligamos a elegir, de entre dos males presentes, el que parece mayor. Pues una muerte cierta es un mal

mayor que la lucha. Ahora bien, es imposible no elegir el menor de dos males. En consecuencia, por tal pacto nos obligamos a lo imposible, lo cual repugna a la naturaleza de los pactos.

19. De igual forma, nadie está obligado por ningún pacto a acusarse a sí mismo ni a otro con cuya condena su vida se volvería muy amarga. Por eso ni el padre está obligado a testimoniar contra su hijo ni un cónyuge contra otro ni el hijo contra su padre ni nadie contra aquel de quien depende su subsistencia: pues es vano un testimonio que se supone corrompido por la naturaleza. Pero aunque nadie esté obligado a acusarse a sí mismo por pacto alguno, en un asunto público se puede obligar a ello mediante tortura. Las respuestas sin embargo no constituyen un testimonio del hecho sino meras ayudas para investigar la verdad. De tal forma que el torturado tiene derecho a responder con verdad o con falsedad, o a no responder en absoluto.

20. El juramento es una expresión añadida a la promesa, que significa que el que promete renuncia a la misericordia divina en el caso de que no la cumpla. Definición que se deduce de las propias palabras en que se contiene la esencia del juramento, a saber, *así me ayude Dios* u otras equivalentes, como eran entre los romanos: *y tñ, hñpñer, aniquñ-la al que sea infñel, así como yo sacrificio esta cerda.* Además no obsta el hecho de que el juramento pueda ser no sólo promisorio sino a veces afirmativo, puesto que quien confirma su afirmación con un juramento, promete responder la verdad. Y aunque en algunos lugares exista la costumbre de que los súbditos jurasen por sus reyes, esto se debía a que aquellos reyes reclamaban para sí honores divinos; porque el juramento se introdujo para inculcar un miedo a violar la buena fe por la consideración del poder divino y por la religión, mayor que el que nos inspiran los hombres a quienes nuestros actos pueden permanecer ocultos.

21. De donde se sigue que el juramento ha de concebirse con la fórmula que use el que lo hace. Pues en vano se obliga a jurar por Dios si no cree en él ni, en consecuencia, le teme. Porque aunque por la luz natural se pueda saber que Dios existe, sin embargo nadie considera que pueda jurar por él con otra fórmula ni bajo otro nombre que el que se contiene en los preceptos de su religión, esto es (según cree el que jura) de la verdadera.

22. Por esta definición de juramento se puede comprender que el mero pacto no obliga menos que aquél en el que juramos. Pues por lo que nos obligamos es por el pacto; el juramento añade al castigo divino, que sería insensato provocar si la violación del pacto no fuera ya ilícita de por sí; y no sería ilícita si el pacto no fuera obligatorio. Además, quien renuncia a la misericordia divina no se obliga a ningún castigo, ya que siempre es ilícito conjurarlo, de cualquier modo que fuera pro-

De las demás leyes naturales

vocado, y gozar del perdón divino si se le concede. En consecuencia, el efecto del juramento consiste únicamente en que los hombres, propensos por naturaleza a violar la fe dada, tengan un motivo mayor para temer por el hecho de haber jurado.

23. El hecho de exigir juramento cuando no puede ocultarse la violación de los pactos, si ésta llega a producirse, ni al que recibe la promesa le falta poder para exigir el castigo, es hacer más de lo necesario para la propia defensa, y significa una actitud de desear no tanto lo que es bueno para sí como lo que es malo para otros. Pues el juramento, como se deduce de la fórmula de jurar, se dirige a provocar la ira de Dios, esto es, del omnipotente, hacia los que violan la fe dada al verse capaces de escapar del castigo humano por el poder que tienen, y del omnisciente hacia los que suelen violar sus promesas porque esperan poder ocultarse a los ojos de los hombres.

1. Segunda ley natural, sobre el cumplimiento de los pactos. 2. Hay que guardar la fe dada, con todos sin excepción. 3. Qué es la injuria. 4. Sólo se puede injuriar a aquel con quien pactamos. 5. Distinción entre justicia de los hombres y de las acciones. 6. Distinción entre justicia conmutativa y distributiva. 7. A nadie se puede injuriar con su consentimiento. 8. Tercera ley natural, sobre la ingratitud. 9. Cuarta ley natural: que todos deben hacerse útiles. 10. Quinta ley natural, sobre la misericordia. 11. Sexta ley natural: que los castigos sólo se refieren al futuro. 12. Séptima ley natural, contra las ofensas. 13. Octava ley natural, contra el orgullo. 14. Novena ley natural, sobre la moderación. 15. Décima ley natural, sobre la equidad o contra la acepción de personas. 16. Undécima ley natural, de las cosas que han de ser comunes. 17. Duodécima ley natural, de las cosas que han de sortearse. 18. Decimotercera ley natural, sobre la primogenitura y la primera ocupación. 19. Decimocuarta ley natural, sobre la inmunidad de los mediadores de la paz. 20. Decimoquinta ley natural, sobre el establecimiento de árbitros. 21. Decimosexta ley natural: que nadie es árbitro de su causa. 22. Decimoseptima ley natural: que los árbitros no deben esperar premio alguno de aquellos cuya causa juzgan. 23. Decimooctava ley natural, de los testigos. 24. Decimonona ley natural: que no se pacte con un árbitro. 25. Vigésima ley natural, contra la crápula y lo que impide el uso de la razón. 26. Regla por la que podemos conocer inmediatamente si lo que vamos a hacer es o no contra la ley natural. 27. La ley natural obliga sólo en el fuero interno. 28. A veces las leyes naturales se violan por un hecho que es conforme a la ley. 29. Las leyes naturales son inmutables. 30. Es justo el que se esfuerza en cumplir las leyes de la naturaleza. 31. La ley natural se identifica con la ley moral. 32. Por qué razón lo que se ha dicho de la ley natural no coincide con lo que los filósofos enseñan sobre las virtudes. 33. Propiamente hablando, la ley natural no es ley sino en cuanto se contiene en la Sagrada Escritura.

1. La segunda de las leyes naturales derivadas es que hay que cumplir los pactos, o que hay que mantener la fe dada. En el capítulo anterior se ha expuesto que la ley natural ordena, como algo necesario para conseguir la paz, que todos se transfieran mutuamente ciertos derechos, y que a esto se llama pacto siempre que se dé esa transferencia. Esto puede conducir a la paz en cuanto hagamos u omitamos aquello que acordamos hacer u omitir; ya que los pactos serían vanos si no se cumplieran. Por lo tanto, dado que cumplir los pactos o mantener la fe